

CUEVA, CABAÑA, CASA

Alberto Campo Baeza

Primero fue la cueva. El hombre, animal con una clara racionalidad todavía poco desarrollada, poco desplegada, para guarecerse del frío y de la lluvia, y para defenderse del ataque de otros animales irracionales, se refugió en la cueva. Lo estereotómico, la tierra, la roca, lo pétreo, lo pesante, lo oscuro, acogió en sus entrañas al hombre. Y aquella racionalidad, con toda su capacidad de creación, imprimió las huellas de su imaginación, de su memoria, sobre aquellas paredes, pintándolas.

Después vino la cabaña. El hombre pensó que podía construir lo tectónico. El pájaro construía su nido y la abeja su panal con unas leyes impresas, difíciles de describir pero con una perfecta y ciega exactitud. El hombre comprendió, aunque todavía de una manera inconsciente, las leyes de la gravedad y levantó su cabaña. Con troncos y ramas, o con piedras, o con bloques de hielo. Y siempre con la razón, que, también de una manera inconsciente, emplea mecanismos geométricos. Y aunque todavía fuera sólo para guarecerse y para defenderse, pudo ya, con más libertad que con la cueva, elegir el sitio y decidir el lugar y la forma de su estancia. Y su capacidad de creación, que en la cueva fue de la mano de la pintura, se manifestó aquí —así querría yo entenderlo— de la mano de la arquitectura, de la más primitiva arquitectura.

El hombre pudo ya decidir el lugar en el que asentarse y la forma de la arquitectura que le acogía.

Y al final llegó la casa. El guarecerse y el defenderse se transformaron en el habitar. Y el hombre, dominado ya el espacio, conformado con los correspondientes planos, concibió la posibilidad de controlarlo. De proporcionarlo. Y vio que con la luz podía tensarlo. Y así, dominando la gravedad y la luz, de manera ya más consciente, perfeccionó la arquitectura. Y la arquitectura fue así una manifestación más, quizá la más humana, de la cultura. De esa cultura que va decantando el pensamiento del hombre a lo largo de los tiempos.

Si el hombre como animal se refugió en la cueva y como racional construyó la cabaña, el hombre culto, creador, concibió la casa como morada para habitarla. Y en eso estamos.

Casa, museo, mausoleo

¿Cómo explicar a la gente sin herirla que en la inmensa mayoría de las ocasiones sus casas son un horror, son como museos de todos los horrores, son como horriblos mausoleos para enterrar lo inconfesable? Por dentro y por fuera. Aunque también es verdad que en la inmensa mayoría de las ocasiones la culpa es de los arquitectos. En su interior hoy las casas son templos presididos por el ojo polifémico,

el televisor. Entronizada en un altar con ruedas que nunca se mueve (tan cargado de nuevos adminículos está), la estúpida caja se convierte en foco de un espacio —¿espacio?— que suele ser acumulación de sofás y butacas. A su alrededor, llenándolo todo, numerosas mesitas y estanterías repletas de ceniceritos y cacharritos y cajitas y figuritas y objetos múltiples... para no ser usados nunca. Como homotecia de un museo de aquellos que obligadamente se recorren en los habituales viajes turísticos programados. Y todo ello entreverado con multitud de macetas, donde nunca falta un tronco del Brasil, que dan a la estancia un carácter selvático.

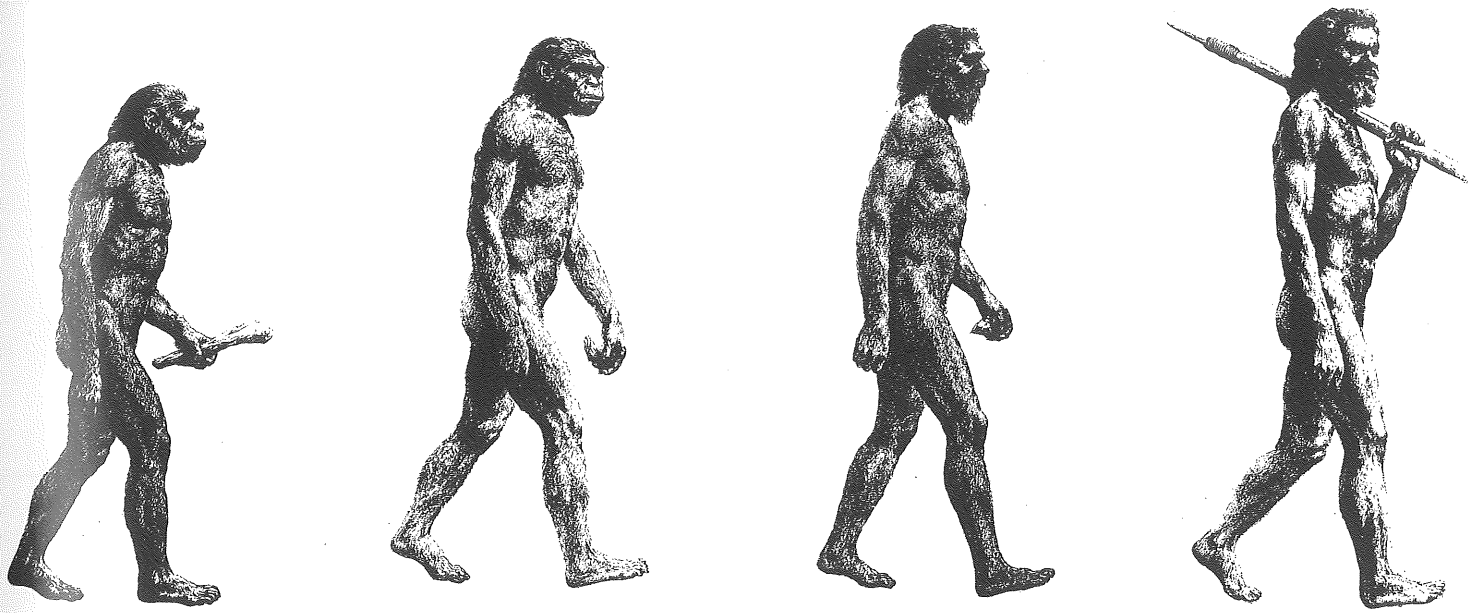
Y como la luz natural, la gran aliada de la arquitectura, su material imprescindible, es persona “non grata” para la buena visión de la caja tonta, unas visillocortinas suelen tapar la gran cristalera que el arquitecto decidiera un día colocar a la terraza. Pues la terraza, o su caricatura, suele ser el elemento con que se rematan casi siempre estas estancias.

Si esta descripción de la realidad de muchas casas nos lleva a pensar que, más que casa para habitar, son espacios para adorar a la televisión (ojalá me estuviera equivocando), podría hacer una descripción paralela en cómo se concibe, muchas veces, la arquitectura —¿arquitectura?— en la que están inmersos estos espacios. Y con la misma superficialidad con que ocurre todo lo descrito se genera mucha de la arquitectura de las viviendas que nos rodean. Como museos de los caprichos recolectados por la superficialidad de los arquitectos en la frivolidad de las revistas. Como mausoleos donde enterrar, usuarios y arquitectos, sus pasiones más inconfesables. Como una exaltación universal de lo que los clásicos llaman *horror vacuit* (miedo al vacío). Con tal de no pensar. Porque pensar es siempre la solución, es lógico para el hombre. Para el arquitecto, a la hora de concebir los espacios. Para los usuarios, a la hora de disfrutar de ellos.

Factores de cambio

Tras el proceso del hombre que se refugia en la cueva, construye la cabaña y concibe la casa, han aparecido nuevos factores que han vuelto a producir cambios cualitativos en esa casa creada por él: factores sociológicos y factores tecnológicos.

Sociológicamente, la relación entre los habitantes se ha abierto. La desaparición del servicio, o su entendimiento como un miembro más de la familia, hace que se abran áreas del espacio habitable. La relación entre los miembros de la familia ha cambiado mucho, aumentando la confianza en detrimento de la jerarquía. Y también



la relación con los miembros del exterior, que no tienen ya áreas cerradas en el espacio de la casa. Todo ello lleva, en definitiva, a una reducción de la privacidad y a una mayor apertura, también del espacio. A todo ello se une, o es precisamente el factor que lo provoca, la reducción de la superficie de las viviendas. Hasta llegar a los límites, ridículos e imposibles, de la que se llamó "vivienda mínima".

Tecnológicamente, el cambio y sus consecuencias han sido enormes. El acero y el hormigón armado han otorgado a la estructura una libertad, en horizontal y en vertical, antes impensable. El ascensor hace posible el acceso a esa superposición de planos en vertical. El vidrio plano otorga la transparencia, la continuidad, la luz total. Y el aire acondicionado acude allá donde haga falta. En definitiva, es posible casi todo.

O sea que encontramos hoy al hombre creador de la casa, al arquitecto, con casi todas las posibilidades en sus manos. Y, paradójicamente, es en este momento crucial, de relaciones abiertas y tecnología eficaz, cuando, a la hora de concebir y de usar los espacios habitables, volvemos a sacar a la luz lo más primitivo de nuestro ser, en el sentido más peyorativo del término "primitivo".

Claro que la solución sería, lo es: pensar, lo más propio del hombre. Los arquitectos, pensar qué están haciendo.

Quizás el problema de los arquitectos se resolvería dedicando tiempo, más tiempo a su trabajo. Para poder concebir con precisión estos espacios para habitar. Los usuarios, pensar cómo usar esos espacios. Para hacerlo adecuadamente. Y poder disfrutar de ellos. Y, quizás, volver a pensar, a conversar, a leer, a vivir, a habitar.

Socializar, quemar, reclamar

Parecería que el enunciado de estos tres verbos fuera una propuesta de convocar a la revolución. Pues en cierto modo sí lo es.

Quemar las actuales normativas vigentes para proyectar viviendas protegidas sería una manera directa de hacer esta revolución. En vez de arquitectos neuróticos tratando de ponerles a las hermanastras de la Cenicienta el zapatito de cristal, labor imposible, tendríamos arquitectos liberados dispuestos a pensar y a crear con lógica.

Socializar el suelo de una vez sería borrar de un plumazo, a los especuladores, y a los arquitectos uncidos a su carro, y hacer que la vivienda sólo valga lo que cuesta. Que el precio real es bastante menor de lo que impone este repugnante mercado actual.

Reclamar a los mejores arquitectos. O a todos los arquitectos, que den lo mejor de sí, de su creación, para la vivienda. Liberados del corsé de la normativa y de las ataduras de la falsa economía, hay que exigir a los arquitectos que, dedicando el tiempo necesario, creen viviendas en las que el habitar sea un disfrute.

Y tantas cosas. Y en la misma línea conclusiva, quiero proponer unos puntos concretos que, en mi opinión, son solución válida para este habitar —¿nuevo?— de los hombres.

Libertad, dimensión, proporción

Estos tres conceptos podrían parecer excesivamente abstractos. Y nada más lejos de mi intención.

Libertad. Espacio libre que se concreta en espacios de geometría sencilla, elemental. Reconocibles, sin recovecos. Que hacen posible cualquier tipo de vida. Entendiendo que cuando un arquitecto derrocha su libertad en un espacio, hace una forma a su capricho, coarta la libertad del futuro usuario. Cuando renuncia a su "expresión", posibilita esa libertad ajena. Un espacio de Gaudí puede ser genial, lo es, pero constriñe la libertad del que lo usa.

Dimensión. Es preferible renunciar a unos mejores acabados, o a una mayor "expresividad ornamental", si esto fuera en detrimento de una mayor amplitud. Así de sencillo. La mayor dimensión es un lujo irrepetible, pero alcanzable. "No se pueden hacer economías que no puedan ser subsanadas en un futuro", decía un viejo profesor cuando yo era estudiante de arquitectura. La gente, con el tiempo, va haciendo "mejoras" en sus casas. Todo es mejorable, cambiante, menos la dimensión. Aquella "vivienda mínima" de los años treinta fue un gran error incorregible. Y el mismo discurso podría aplicarse a la dimensión vertical del espacio habitable.

Luz. La obsesiva obsesión del arquitecto sobre el tablero, resolviendo "plantas" de viviendas en las que da por supuestas las fachadas y las secciones, le ha hecho olvidar demasiadas cosas. El dotar de la luz adecuada a las casas debería ser uno de los primeros objetivos. El sol que entra y da vida a las viviendas. Esto parece una perogrullada, pero hoy día, atenazados por ordenanzas y economías absurdas, parece que estuviera olvidado. Luz que, de la mano de la proporción, hace que esos espacios de habitación sean un disfrute para el hombre. *Proporción* que, de la mano de la Luz, hace entrar a la Belleza. Belleza inteligente en la vida de los hombres.

"El cielo in una stanza"

Así cantaba Mina en una memorable canción que siempre viene a mi mente cuando de casas se habla. Pues eso, lograr el cielo en la casa, hacer que se esté "como en la gloria", que dicen los castizos, es lo que deberían hacer los arquitectos. Con la misma habilidad con que los arquitectos de la Alhambra hacen "volar a los pájaros en el agua y nadar a los peces en el aire" en los estanques de sus aguas granadinas.

Las casas con las que soñamos algunos y que queremos hacer realidad, lejos de ser museos ni mausoleos, serán espacios libres, amplios, llenos de luz. Se levantarán sobre suelos asequeables y las construirán los arquitectos mejores, que, desaparecidas las ordenanzas, harán de la lógica estúpida su principal instrumento. Serán casas hermosas. Pensadas para pensar, para conversar, para amar, para habitar, para vivir. Como un cielo en la tierra.

Alberto Campo Baeza
Arquitecto